

INTRODUCCIÓN

Este trabajo se propone explicar el contexto económico, social y político en el que se integraron las élites locales del distrito de Tetecala, en el estado de Morelos, después de la Independencia y hasta finales del porfiriato.

Nuestra investigación partió de los datos de propiedad en Morelos en 1909, los cuales muestran que la titularidad de la tierra se concentraba en unas cuantas familias, mientras que la mayoría de la población carecía de tierras o poseía muy pocas para asegurar la subsistencia. Por lo tanto, el escenario social previo a la revolución en Morelos estaba compuesto de forma piramidal, con el poderoso grupo de hacendados azucareros en lo más alto, que contaba con los mejores recursos territoriales y acuíferos. Al interior de las comunidades existía una población con muchas diferencias sociales y económicas, donde unos cuantos propietarios integraban una pequeña élite agrícola, comercial e industrial, y una mayoría campesina tenía que recurrir al arrendamiento de tierras y al trabajo a jornal.

El conflicto social no se reducía a la lucha entre haciendas y pueblos. La desigual distribución de la riqueza, específicamente de la tierra, había producido contradicciones sociales dentro de los mismos pueblos. La cuestión que se impuso entonces fue la de conocer cómo y desde cuándo habían comenzado las diferencias sociales entre los habitantes de las comunidades campesinas, las cuales se suelen pensar como “igualitarias”. Para responder a la interrogante de cómo había logrado formarse una pequeña élite agraria e industrial en las localidades morelenses de finales del porfiriato había que atender al problema de la diferenciación social del campesinado.

Una de las explicaciones sobre la diferenciación social campesina sostiene que ésta se desarrolló a partir de la

introducción de las relaciones capitalistas al campo. No obstante, Rodney Hilton ha criticado esta tesis, afirmando que las comunidades campesinas “no eran una comunidad de iguales” y que la estratificación social de sus miembros es “por lo menos tan antigua como los primeros testimonios que de ellas se conservan”.¹ En el caso de México, algunos autores del agrarismo clásico como Jesús Silva Herzog sostenían que la desarticulación de las comunidades campesinas del medio rural mexicano había comenzado con la implementación de la Ley Lerdo de 1856, que ordenaba la adjudicación a título individual de las parcelas, terminando con el control comunal que los pueblos habían ejercido sobre sus tierras desde la época colonial. Según Herzog, las leyes de desamortización crearon un mercado de tierras que favoreció la formación de los grandes latifundios, eliminando las barreras legales para que los hacendados pudieran acceder a las tierras comunales de los pueblos.² Sin embargo, los estudios sobre el territorio morelense han refutado esta idea, demostrando que la desposesión territorial que las haciendas infringieron a los pueblos sucedió desde la época colonial, y que —siguiendo la afirmación de Hilton— la diferenciación social de las comunidades campesinas ya estaba presente desde antes de la desamortización liberal de mediados del siglo XIX, remontándose incluso hasta la época prehispánica.³

Tomando en cuenta lo anterior, consideramos que sería conveniente hacer una revisión histórica que mostrara cómo se fueron creando las diferencias sociales en un territorio, para lo cual elegimos la zona poniente del estado de Morelos,

¹ Rodney HILTON, *Siervos liberados. Los movimientos campesinos medievales y el levantamiento inglés de 1381*, Madrid, Siglo Veintiuno Editores, 1978, p. 37.

² Jesús SILVA HERZOG, *El agrarismo mexicano y la reforma agraria*, México, FCE, 1964, pp. 91-92.

³ Horacio CRESPO y Herbert FREY, “La diferenciación social del campesinado como problema de la teoría y de la historia, hipótesis generales para el caso de Morelos, México”, en *Revista Mexicana de Sociología*, año XLIV / vol. XLIV / núm. 1, enero- marzo de 1982, pp. 299-301.

donde se ubica el distrito de Tetecala.⁴ Diversos autores han destacado lo peculiar de esta zona en el conjunto del territorio morelense,⁵ indicando su condición de atraso económico. En esta zona se instalaron las haciendas más pequeñas de la región azucarera durante la época colonial, lo que permitió que los campesinos de las repúblicas de indios no sufrieran una presión tan intensa como en otras zonas sobre sus tierras, incluso para finales del siglo XVIII hay testimonios que indican que las haciendas carecían de mano de obra debido a que los indígenas aún poseían suficientes tierras para cultivar en sus pueblos.⁶ Hacia mediados del siglo XIX el poniente se había convertido en una importante zona productora de arroz, cultivo que dio gran auge a su economía, además de comercializar con gran éxito hacia el Estado de México las frutas tropicales que se cultivaban en sus fértiles huertas. Sin embargo, las haciendas de la zona de Tetecala continuaban ocupando un lugar menor en la producción azucarera de Morelos, y quedaron excluidas del sistema ferroviario que se instaló durante el porfiriato. La debilidad de las haciendas del poniente influyó en el surgimiento de una importante clase media entre la población campesina, así como en la consolidación económica de las elites locales.

⁴ Para evitar explicaciones reiterativas en el texto, aclaramos que el núcleo básico de nuestro análisis de “la zona de Tetecala” lo constituyen las localidades de Miacatlán, Mazatepec, Tetecala y Coatlán del Río, aunque eventualmente se haga mención de las otras poblaciones del distrito. Por otra parte, estamos conscientes del anacronismo que cometemos al referirnos a la “región morelense” para la época prehispánica y colonial, sin embargo, recurrimos a este término como una licencia para simplificar el análisis.

⁵ Brígida von MENTZ, *Pueblos de indios, mulatos y mestizos, 1770-1870*, México, CIESAS, 1988; Dewitt Kennieth PITTMAN, *Hacendados y políticos. Las clases agrarias y la instalación del Estado oligárquico en México, 1869-1876*, México, FCE, 1989; Horacio CRESPO, *La hacienda azucarera del estado de Morelos: modernización y conflicto*, México, UNAM, Tesis de Doctorado en Estudios Latinoamericanos, 1996, y CRESPO y FREY, “Diferenciación”, 1982.

⁶ MENTZ, *Pueblos*, 1988, pp. 86, 88.

Nuestra investigación inicia con una síntesis del desarrollo histórico de la zona de Tetecala, inscrita en un proceso más amplio, es decir, como parte de la historia morelense. Posteriormente se analiza la evolución y desarrollo de los grupos que ostentaron el poder, ya fuera económico o político —o ambos, lo cual era frecuente—, a quienes llamaremos en este trabajo las “elites locales” —indicando las rupturas y continuidades de las mismas—.

Los nobles y caciques indígenas monopolizaron el poder político de sus repúblicas durante la época colonial y se allegaron las mejores tierras, convirtiendo su poder político en beneficios económicos, además, muchos de ellos vieron sus antiguos privilegios respetados por los conquistadores. No obstante, el poder de estos grupos comenzará a ser cuestionado desde mediados del siglo XVIII, en lo económico, con la llegada de numerosos comerciantes españoles y mestizos a los pueblos y, en lo político, con la liquidación de las repúblicas de indios y la instalación de los ayuntamientos constitucionales.

Durante la primera mitad del siglo XIX comienza a darse un proceso de transferencia del poder local, de los nobles y principales indígenas hacia una serie de líderes locales de las comunidades rurales, por lo general militares y comerciantes mestizos, quienes aprovecharon las nuevas condiciones en el medio rural creadas por las luchas de independencia: ocupando cargos en los cabildos municipales —a los que podía acceder la población no indígena—, acumulando propiedades, gracias a la progresiva eliminación del proteccionismo legal sobre las tierras comunales de los pueblos, participando en las luchas políticas y militares de la época, aprovechando su liderazgo local para consolidar su poder económico y político. Varios de estos líderes militares —caudillos locales y regionales cuya actividad oscilaba entre la consecución de sus ambiciones personales y las reivindicaciones populares de tipo agrarista— forjaron sus carreras al amparo de su alianza con la facción liberal durante los conflictos militares de mediados del

siglo XIX, como el teniente coronel Manuel Arellano, comandante del batallón de la guardia nacional de Tetecala.

Hasta hace poco, los estudios históricos sobre la región morelense a mediados del siglo XIX eran escasos. Carecíamos de análisis sobre la creación del estado de Morelos, las acciones de su primer gobernador, el general Francisco Leyva, sus intentos por consolidar las instituciones del nuevo estado, o sobre las fuertes tensiones políticas y sociales que expresaban a través del bandolerismo. Afortunadamente hoy contamos con trabajos de varios investigadores que han comenzado a llenar esa laguna.⁷ No obstante, la información para la zona de Tetecala sigue siendo poco abundante, a pesar de lo cual hacemos mención de algunos indicadores económicos, políticos y sociales, sobre todo en relación a la situación de los grupos dirigentes del poder local y al avance de la estratificación social en las comunidades.

Durante el porfiriato muchos de los miembros de las élites locales —sobre todo aquellos que simpatizaron con el republicanismo liberal de mediados del siglo XIX, identificados con el juarismo— fueron excluidos de los puestos de importancia del aparato estatal, aunque mantuvieron su prestigio social y económico por medio de sus actividades económicas. Estos

⁷ Para algunos ejemplos de dichos trabajos se puede consultar: Israel Santiago QUEVEDO HERNÁNDEZ, “El general Francisco Leyva. Una aproximación a su carrera militar, su gobierno y a la ‘tradicción’ liberal de Morelos”, en Horacio CRESPO (coord.), “Creación del Estado, leyvismo y porfiriato”, en Horacio CRESPO (dir.), *Historia de Morelos. Tierra, gente, tiempos del Sur*, t. 6, Congreso del Estado de Morelos / UAEM, 2011, pp. 123-178; Rocío PONCE BESÁREZ, “La formación del estado de Morelos”, en Horacio CRESPO (coord.), “Creación del Estado, leyvismo y porfiriato”, en CRESPO (dir.), *Historia*, 2011, t. 6, pp. 55-98; Carlos BARRETO ZAMUDIO, “Un espacio para la disputa. División territorial y organización político-administrativa en Morelos, 1854-1867”, en Ernest SÁNCHEZ SANTIRÓ (coord.), “De la crisis del orden colonial al liberalismo, 1760-1860”, en CRESPO (dir.), *Historia*, 2010, t. 5, pp. 401-436; Carlos BARRETO ZAMUDIO, *Rebeldes y bandoleros en el Morelos del siglo XIX (1856-1876)*, México, CICSER / UAEM, 2019.

sectores, al estallar la Revolución Mexicana, surgieron nuevamente como protagonistas de la política morelense.

Lauro Arellano, próspero comerciante, agricultor e industrial de Tetecala a finales del porfiriato, fue el personaje seleccionado para ilustrar este proceso. El prestigio de la familia Arellano data desde mediados del siglo XIX, gracias al protagonismo que tuvo el teniente coronel Manuel Arellano en las luchas liberales de la época. Bajo el régimen porfirista la influencia política de los Arellano quedaría reducida al mero ámbito local, pero algunos de sus miembros, como Lauro Arellano, aprovecharon su prestigio social para lograr la prosperidad económica por diversos mecanismos de diferenciación social: herencia, compra de tierras, renta de casas habitación, usura, alianzas matrimoniales. Con la caída del régimen porfirista las élites locales regresarían a la escena política estatal, y muestra de ello fue la participación de Lauro Arellano como diputado en la 23ª Legislatura del Estado de Morelos.

Hay que mencionar los problemas que surgen cuando se intenta reconstruir la historia de los grupos no pertenecientes a las clases dominantes, sobre todo en lo que se refiere al acceso a las fuentes. Este problema se presenta incluso en el caso de la historia de las élites locales, de cuyos miembros se hacen escasas referencias en los análisis centrados en los grandes hacendados azucareros, importantes políticos o militares regionales, aunque la información contenida en los archivos parroquiales comienza a dar alguna luz al respecto. La situación evidentemente se complica al aproximarnos a la historia de las clases subalternas, pongamos por caso los campesinos, clases que conocemos en su mayoría por las fuentes que sus propios dominadores han generado sobre ellas.

Para la elaboración de este trabajo contamos con las manifestaciones prediales de 1909, que es una fuente invaluable para el estudio de la diferenciación campesina a finales del porfiriato, ya que nos da una imagen de la propiedad en cada municipio proporcionada por los propios campesinos. Sin

embargo, al intentar seguirle la pista a los casos particulares de este proceso el análisis se vuelve más complicado, los rastros dejados por personajes que no fueron ni grandes hacendados o destacados políticos son muy escasos, y entre más se baja en la escala social el panorama se torna más desolador. Los archivos municipales de la zona fueron destruidos durante la revolución, y sólo se cuenta con información a partir de la década de 1920 del siglo pasado.

Para el caso de Lauro Arellano se recurrió a los testimonios orales de algunos de sus familiares y personas que tuvieron con él algún tipo de relación. Fueron muy útiles los materiales proporcionados por su nieto Martín Arellano Jaramillo, y la información obtenida del Archivo Parroquial de Tetecala. Tenemos muy en cuenta las limitaciones de las fuentes orales para el análisis histórico, pues la memoria es un medio muy falible para reconstruir los hechos, de ahí que procedimos a comparar la información proporcionada con las estructuras sociales y económicas del periodo estudiado, haciendo un esfuerzo de interpretación para detectar las contradicciones, los recuerdos románticos y las reconstrucciones míticas, tratando de contextualizar de la mejor manera posible las visiones ofrecidas por los testimonios orales.⁸

En el capítulo I mostramos, en base a los estudios de Pedro Carrasco, que la estratificación social estaba presente desde la época prehispánica en las comunidades campesinas de la región estudiada. Los conflictos entre las haciendas azucareras y los pueblos campesinos, así como el acaparamiento del poder político de las repúblicas de indios por el grupo de nobles y caciques indígenas, es el tema del capítulo II, donde también se muestra la marcada diferenciación étnica de las comunidades para finales de la colonia y la emergencia del poderoso grupo de comerciantes en los pueblos.

⁸ Ronald FRASER, “La historia oral como historia desde abajo”, en Pedro RUIZ TORRES (ed.), *La historiografía*, Madrid, Marcial Pons, 1933, p. 92.

En el capítulo III indicamos el debilitamiento de los cacicazgos indígenas y su desplazamiento político en el ámbito local, cuando el sector mestizo y los grupos con poder económico lograron controlar los ayuntamientos constitucionales. Hacemos un análisis de las condiciones socioeconómicas de la población durante la primera mitad del siglo XIX, mostrando cómo la diferenciación social había ocasionado que los campesinos empobrecidos tuvieran que trabajar como jornaleros en las tierras de los agricultores más prósperos y de las haciendas circundantes, mientras que otros tenían que arrendar tierras ajenas para complementar sus ingresos. Terminamos con una sección sobre la activa participación de las comunidades campesinas en las luchas armadas de la época, y la alianza que realizaron con los grupos liberales de la región, llamando la atención sobre la diversidad de objetivos de estas coaliciones políticas, y de las repercusiones que tuvieron para el posterior desarrollo de la zona.

En el capítulo IV presentamos un panorama de la estratificación social en Morelos durante el porfiriato, basado en las manifestaciones prediales de 1909, comparando la estratificación de varias cabeceras municipales, y haciendo un análisis más detallado de dos municipios del distrito de Tetecala. Por último, el capítulo V se ocupa del caso de Lauro Arellano como un personaje representativo de la elite local que surgió en las localidades morelenses en la última década del régimen porfirista, haciendo énfasis en sus mecanismos de diferenciación social, su prosperidad económica y su actuación política.

Finalmente, a manera de conclusión realizamos un breve recuento de los resultados obtenidos durante la investigación.